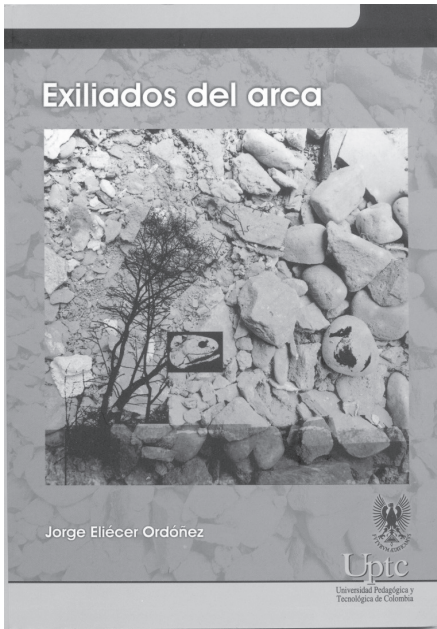


ceiliKa

RESEÑAS

Jorge Eliécer Ordóñez

con su bestiario en el exilio



Ordóñez, Jorge Eliécer (2008). *Exiliados del arca*. Tunja: UPTC, 73 p.

Carlos Fajardo Fajardo
Universidad de La Salle (Bogotá).

“En la jaula de los exiliados” está el poeta, desterrado del arca que lo condena a una realidad cruel y triste. Como el suricato, pequeño vigía, el poeta anuncia los peligros, se vuelve vidente de mortales zarpazos; carga su ostracismo perpetuo y, sin embargo, sigue encadenado a su lugar de origen, a un nombre de ciudad, a un amor, a la infancia que lo signa. Así

va el poeta con sus delirios y misterios, desterrado del paraíso, sin dios que lo consuele. Así vamos todos, exiliados del arca, presos bajo el sol de tenebrosas praderas, como los animales que no hicieron parte del botín de Noé, de su mentirosa creencia en un reino sin sombras. El poeta está bajo el frío de la lluvia, a la deriva, fuera de ese quimérico reino, prisionero de su propio diluvio, dando cuenta de sus fatigas, “ángel acorazado y sediento recién salido del pantano”, como reza uno de los versos de este poemario.

Jorge Eliécer Ordóñez Muñoz ha fundado en este libro una poética que dialoga con las formas más seductoras de la fábula, la parábola y el mito; ha instaurado un bestiario como hermosa metáfora, devenida en símbolo, donde reflexión, memoria y pasión dan cuenta de nuestro drama. Todo aquí está bajo amenaza. El arca ha partido y Noé ya no es la imagen del refugio. En este territorio del naufragio, animales y hombres están solos. La fábula bíblica sirve al poeta para describir la constante presencia del abismo. Entonces, transmutado en armadillo, murmura para sí estas palabras:

Mi destino de animal duro y solitario
 lo pago aquí dentro, en mi cárcel de paredes óseas
 Los otros animales, los que corren libres por la estepa
 o los que se arrastran en el túnel de la noche
 también son prisioneros de algo:
 flecha envenenada, esqueleto o instinto.
 Al final, sólo la muerte de paredes vidriosas
 esperando algún descuido en el follaje

Víctimas del látigo, prisioneros del amor y el desamor, entre la libertad salvaje y la celda doméstica, danzan estos exiliados del arca, marcados con la señal del extravío. Agonía y soledad es su destino, conciencia de estar en los umbrales, en el filo de navajas, marchando hacia el silencio.

El poeta, como un niño, juega con sus animales, los inventa, es uno de ellos, se identifica con su salvaje ternura, con la orfandad; es hermano de sus resplandores y tinieblas. Para estas desarraigadas criaturas, olvidadas bajo la aparente alegría del trópico, prisioneras de miserables circos en ciudades ruinosas, o víctimas de los depredadores que acechan, no hay salida que las salve. Están en el laberinto de una sociedad opresora, devorándose a sí mismas, enfrentadas a un mundo que las expulsa. Son pura contradicción: bellas y terribles, fieras y mansas, solitarias como tantos, solidarias como pocos; libres pero presas del azar, del miedo y la tragedia, poetas “sin un puerto seguro”, sin barco y sin asilo. Lo dicen estos versos:

Hay dos cebras en nada parecidas,
 la una, de la pradera, pastando, dando coces, huyendo
 a intrépido galope de la astuta leona (...)

La otra soy yo, prisionera doméstica
 viéndome triste en los ojos de los trashumantes.

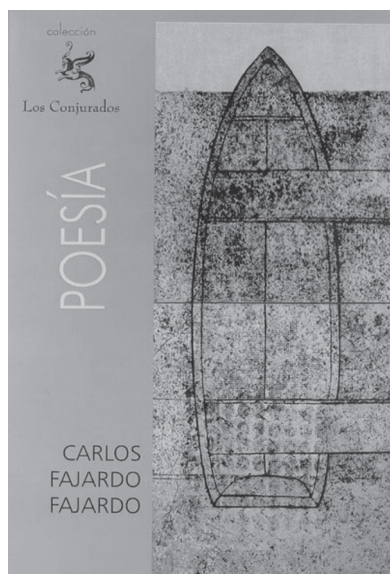
(“Cebra del zoo”)

Jorge Eliécer Ordóñez nos ha obsequiado en esta oportunidad un estremecedor libro. Sus poemas dan cuenta de un trabajo metódico, disciplinado, que establece con audacia, casi en susurros, esa difícil forma de crear el asombro a través de una palabra que es caricia y puñetazo, dolorosa sentencia. Es un lenguaje luminoso, refulgente, preciso, se diría esencial, el que aquí se establece. Desde su inicio, estos poemas nos invitan a observar

cómo soportamos los escombros, el infierno de lo real, la súbita presencia de la desaparecida infancia donde fuimos inmortales.

Dichoso este poemario, dichoso porque está abonado con el humus de la gran poesía contemporánea, mundial y colombiana; dichoso por su sorprendente universalidad; porque, con desgarramiento, furor y autenticidad, el poeta Ordóñez ha sembrado un árbol de imágenes en medio de la riqueza y la desolación de sus originarios y amados trópicos.

Navíos de caronte de Carlos Fajardo Fajardo o la permanencia del exilio



Fajardo Fajardo, Carlos. (2009). *Navíos de Caronte*. Bogotá: Común Presencia Editores, 62p.

Gustavo Adolfo Quesada Vanegas
Universidad Incca de Colombia

“La mano que maneja la pluma
vale tanto como la que maneja el arado”

Arthur Rimbaud

Conozco a Carlos Fajardo Fajardo desde comienzos de los noventa del siglo XX, cuando él y su hermandad de poetas y de gestores culturales de “Si mañana des-

pierto” se abrían espacio en los ambientes literarios de Bogotá. Jóvenes, seguros y denodados, en más de una ocasión nos coludimos para programar eventos literarios. Desde esos días Carlos Fajardo se manifestaba como lo que es: “un horrible trabajador” –tal denominaba Rimbaud al poeta vidente–, ya sea haciendo la maestría de literatura y luego el doctorado, como docente y como ensayista que busca las claves de las nuevas culturas y las nuevas sensibilidades, o como poeta que trasciende lo sensible cotidiano para navegar en las aguas profundas de las desgarraduras del hombre. Su pasión por el verbo lo ha llevado siempre a una disciplina de carácter total. De ahí sólo podría surgir una obra rigurosa con capacidad de develar el mundo y anclarse en la memoria de la cultura. Muchos reconocimientos y premios atestiguan esa búsqueda y esa inmersión ética en nuestros torvos tiempos, para resurgir con la palabra exacta, la única capaz de abrir el futuro desde los resquicios de lo onírico y el horizonte de lo humano, porque, como diría Jorge Gaitán Durán, lo estético y lo ético tienen una ligazón indisoluble.

Mi soledad es más grave que una esquirra
 clavada en el corazón
 más terrible que la sed del viajero
 más basta que los mares de mi patria (54)

Navíos de Caronte, libro bellamente editado por la colección “Los Conjurados” de Común Presencia, iluminado con navíos surgidos del pincel de Edgar Insuasty, es un poemario con cuatro puertas que uno no sabe si se abren o están cerradas para los viajeros: Navíos, Diásporas, Puertos, Exilios. ¿De qué habla el poeta? En el mundo de hoy, el desplazamiento y la migración surgen en Córdoba o Nariño (Colombia), en Rusia, en Sudán, en Marruecos, en Túnez o África del Sur, en la China, en el Salvador, en Guatemala o en México. Inversamente a lo sucedido desde el siglo XVI y hasta la mitad del siglo XX, cuando desde el centro las corrientes migratorias se dirigían al Tercer Mundo, hoy presenciamos “la colonización inversa”. Pero mientras los viajeros del centro encontraron siempre una recepción abierta y en poco tiempo se constituyeron en parte de las élites dominantes, valga el caso de los migrantes europeos hacia América durante todo el siglo XIX y el siglo XX, los actuales migrantes no encuentran recepción distinta a la de la policía. Y a donde quiera que lleguen, sea Europa o América del Norte, los esperan la discriminación y el abandono. Y esto cuando logran llegar, cuando sus huesos no van a parar al fondo del mar.

Soy extranjero
 sin nombre
 sin ley
 sin luna.
 Soy extranjero
 sin lengua
 sin palabras.
 Soy extranjero
 sin madre
 sin patria
 sin un árbol que recuerde (45)

Quedarse sin lengua, sin memoria, en una tierra extraña, es quedarse sin patria. ¿Cómo portar la patria cuando la propia lengua es otra, cuando se vive en las sombras, cuando se es representación del mal? El poemario es contundente: se inicia el viaje con expectativa, se arriba a puertos que proscriben la entrada, se llega al exilio, a la soledad y a la autonegación:

“Esta ciudad para mí se oculta. /No soy más que un despojo/ en una calle enemiga” (39). No se trata de la tragedia de un grupo humano o de una cultura específicos. Es una tragedia universal. Inmensas masas humanas se desplazan de sur a norte, luego de que sus sociedades fueran desarticuladas y saqueadas por el colonialismo y cuando han sido destruidas por la guerra; cuando las potencias coloniales construyeron fronteras que separaron hermanos y aglomeraron culturas diferentes; cuando la única alternativa que se encuentra es ser un paria en España, en Francia, en Italia o en Alemania. “La Otra Orilla” es el lugar del desarraigo, de la pérdida de los sueños, de la disolución de lo humano: “¿(...) alguien habrá encendido un fuego a nuestro nombre?/ ¿Presentirán este vacío del vacío, sin dolor alguno?” (33)

¿Dónde quedaron entonces las promesas de la razón y la Ilustración? ¿Dónde el humanismo del que han hecho gala las naciones “civilizadas”, argumento socorrido para justificar su colonialismo sobre el resto del mundo? El mundo global abre sus fronteras, sobre todo las del otrora llamado Tercer Mundo, para que circulen el dinero, las mercancías y los símbolos, pero no los hombres. Los desplazados terminan en el fondo del mar: “En casa nadie sabe/ que ahora somos dos cadáveres/ sin compañía alguna” (33).

Es posible que el poeta haya percibido en toda su dimensión esta crisis de proporciones inusuales en sus periplos por Colombia y por el mundo. Es posible que haya recibido el terrible sacudón en alguna parte de España o en las comunas de Cali o Medellín: quizá en una esquina de Bogotá cuando se nos acercan los desplazados. Todos lo hemos percibido, todos padecemos el impacto de las noticias de las pateras o la zozobra de los balseros, o las casas llenas de chinos que esperan pasar por Colombia rumbo a Centroamérica y de allí a México y a Estados Unidos. Pero no todos podemos transformar el dolor humano en arte. En el ambiente se respiran todavía fragmentos de los *Cuadernos de Sarajevo*, de Juan Goytisolo, como el caso más cercano de un texto que recorre el dolor de un pueblo, de un momento histórico y lo lanza al espacio para sacudir la conciencia universal.

La lectura y la relectura de *Navíos de Caronte* nos exige, además, una digresión: toda obra de arte nace de una experiencia singular en la sensibilidad y la conciencia del artista, pero sólo su trabajo, su esfuerzo denodado,

su medir cada hecho creativo en su justa dimensión hace de su experiencia algo universal. Tal es el caso del poemario que comentamos: el desgarramiento del dolor humano se hace universal en palabras contenidas, cinceladas con sudor y con talento, hijas de quien ve en la poesía la posibilidad cierta todavía de señalar el dolor y el sufrimiento: “Ancho es el mar./ Mis cabellos se agitan por los tempranos vientos./ Sumergido en la inmensidad de la luna /se me acaba la tarde./ Que nadie se fije en nuestros aguados ojos./ La muerte será más cruel y pura/ en océanos de nadie” (13).

No hay realismo. No hay cuerpos. No hay nombres ni apellidos. Los migrantes, los desplazados, son fantasmas que sueñan, que deambulan, que sienten dolor y nostalgia, que rememoran el cuerpo de la amada o el calor del fogón de la casa de la madre; que dibujan el árbol o sienten las medusas en los ojos como certificado de su propia muerte. No hay desbordes lingüísticos ni quejidos sentimentales. Contención, precisión y una herida abierta de la primera a la última página.

Pero, llegados a la parte final, “Exilios”, el autor nos subvierte la mirada: en el mundo actual se han finiquitado los lugares. Donde quiera que estemos: la ciudad, la calle, la distancia, nuestro destino es el de los exiliados. La casa de los juegos, la calle de la añoranza, la infancia, la voz de la amada, todo nos anuncia que los lugares se han perdido en la memoria y que la memoria nos conduce al exilio. No hay lugares. Todo es un grande y a la vez pequeño mundo, ajeno, veloz e implacable, que arrasa los recuerdos, los colores, las texturas que le podrían dar sentido a la existencia. Si antes el exilio era un lugar físico, ahora es un lugar permanente de la sensibilidad y de la existencia. ¿Cuál es el territorio que pisamos? ¿Qué tienen que ver conmigo las ciudades, las muchedumbres, el tiempo al que no contienen los relojes, las luces que hacen todo más oscuro? “Acostúmbrate, dicen tus cartas/ a ese destino de ciudad/ que hoy sostiene tu mirada” (55).